

## El problema de la Instrucción Secundaria

---

Un cuestionario presentado por la Asociación Nacional del Profesorado me induce á abordar el tantas veces maltratado tema sobre el verdadero fin de la instrucción Secundaria.

Diré que sí, responde en un todo, ó mejor dicho, puede y debe responder, dados nuestros modernos medios de enseñanza, á las exigencias que en la actualidad se oponen á una buena preparación, á una sólida base de la vida en general, tanto restringiendo á aquella dentro del no estrecho marco de la existencia privada, como encauzándola hacia estudios superiores propiamente dichos.

Porque sería candoroso sostener, aún con prescindencia de todo espíritu tendencioso, que esa misma universalidad de conocimientos que puede servir de punto de partida á cualquier carrera liberal, y que por otra parte no solo abarca, sino que excede á los límites de materias asignadas por los programas secundarios, no suministrase garantías suficientes para la sola vida particular, al extremo de desmerecer ante las proporcionadas por estos últimos.

Y sino, volvamos la vista hacia esos centros de cultura universal de donde nos llega toda luz de la mente, á la vieja Europa y á los EE. UU.; ¿quién, teniendo una idea de las instituciones de ese género, ignora que más que preparatorios á universidades, representaron y representan aún, verdaderos establecimientos de aprendizaje intelectual y material al mismo tiempo?

En estos «gimnasios», como en los de la antigüedad, á la par del espíritu el cuerpo, sostenedor de aquél, es sometido á metódico ejercicio, á gimnasia, siendo ello tan así que hasta en nuestros días siguen designándolos con aquel nombre las naciones colocadas al frente del progreso.

De ahí el que en esos centros de cultura el certificado de «gymnasium», «licée» ó «college», constituya una especie de fe de bautismo, algo así como boleto de entrada para la admisión á cualquier destino que se eleve sobre el nivel común, tanto en la vida civil como en la comercial ó militar; en este último caso hasta es considerado como equivalente de competencia en muy diverso campo de acción, facultando además para el goce de muchos privilegios (reducción del servicio, derecho á Suplencias, grados, etc., etc.).

Cien razones más podrían ilustrar este particular que por motivos de concisión debo dejar trunco.

Con frecuencia se ha reprochado á nuestro régimen escolar falta de estabilidad y de método, superficialidad, etc., y si bien del reproche debe descartarse el por desgracia, innegable afán de algunos extranjeros de querer hacer prevalecer la bondad de su artículo siempre y en todas partes sin selección de causas ni miramientos de circunstancias, debe admitirse sin falso prurito de altivez que á nuestra repartición le falta todavía para ser perfecta.

¿Y cómo no, si otro tanto deben confesar las mismas que le sirven de modelo? Pero, si es plausible á la vez que discreto reconocer deficiencias, apresurémonos á agregar para desagrarlo nuestro que no proceden tanto de la base, que es amplia y generosa, cuanto de causas accesorias que tienen un origen bien distinto, de resorte administrativo, llamémosle así, causas difíciles de eliminar de nuestro orden de cosas sin abruptas transiciones, dado el sistema político imperante que al lado de las grandes ventajas de la forma republicana ofrece también sus inconvenientes. En efecto, ningún problema por excelente que sea, puede llegar á consolidarse ni á demostrar su eficacia en la práctica, si hace falta lo esencial, el tiempo, que pone á prueba la estabilidad de las cosas. Los continuos cambios en las autoridades del ramo, las mayores ó menores influencias personales derivadas de los mismos, las tendencias predilectas, los temperamentos, etc., de estos tribunales efímeros que forzosamente tienen que imponer su regla y pauta á lo ya establecido hasta llegar en esto á fijar rumbos diametralmente opuestos á los existentes — podrán dar por resultado todo menos un tipo de enseñanza modelo, racional y uniforme. Y no sólo no puede bajo tales auspicios ratificarse la bondad de programa alguno, sino que, modificando acá, invirtiendo allá, mutilando y remendando siempre á título de experiencias, acaba por hacerse del material de estudio un mosaico abigarrado lamentable.

Esto en cuanto á la *inestabilidad*; respecto de la *superficialidad*, síntoma que, de paso sea dicho, va esfumándose cada vez más de nuestro horizonte escolar, especialmente en lo que á nuestros más recientes establecimientos de instrucción se refiere, no ha podido menos que producirse como resultado lógico de otra clase de factores que son los que á continuación expongo. Aparte de los señalados en el párrafo anterior que, por cierto, pueden contarse entre los principales, hay que tener en cuenta un sinnúmero de causas secundarias, v. gr: 1º la falta de esa preparación preliminar é indispensable que se supone aportan los alumnos desde sus respectivos hogares; 2º la de *control* en los mismos; 3º la diversidad de razas, temperamentos, gustos y creencias que tan particular sello imprimen á las cosas de esta tierra, esencialmente de inmigración; 4º el desconocimiento de la disciplina; 5º la falta de severidad oficial y 6º «last not least» — la relativa novedad de un estado de cosas que bien puede clasificarse en embrión si se considera la brevedad de nuestra historia cívica. Son obstáculos que solo esperan la redención del tiempo, pudiéndose afirmar sin torpe vanidad, sin delirio de grandezas, que no es módica la tarea realizada en este campo de actividad y que por cierto no tardará en rivalizar con la de los centros europeos, que no obstante han requerido la cooperación de muchos siglos.

Volviendo á «lo del hogar» debe insistirse en que reviste mayor importancia de lo que á primera vista parece. Entre nosotros, por ej., por culta que sea una familia, no se estila hacer de ésta un coadjutor de la escuela; es, sí, el centro de la vida privada, de cariños, de cuidados positivos y morales, pero en menor grado de fomento intelectual. En Europa y en los EE. UU. el hogar es sobre todo, sinónimo de *control*, de complemento, de disciplina física; el profesor, por dedicado que sea, no puede dirigirse á todos y á cada uno á un mismo tiempo: desmenuzarse, multiplicarse para con inteligencias menos rápidas, ni tampoco adaptarse á las peculiaridades de cada alumno; esto es incumbencia de la familia, de los padres en primera línea, sin contar que la tarea del maestro no puede en rigor ir más allá de su obligación oficial; el interés en el estímulo individual es de fuero íntimo.

Aparte de no estar ello difundido en nuestro carácter nacional, en nuestros hogares de índole contemplativa, no se podría, sencillamente, exigir tanto de la *totalidad* de ellos, dada la ya citada variedad de razas, etc., la heterogeneidad de elementos en parte hasta analfabetos.

Después de esta especie de control privado, importa mucho el *medio ambiente*, moral é intelectual de una casa; es evidente que por diez de éstas en que predominan la selección mental, el refinamiento artístico, noventa no podrán aportar de su parte ni el más modesto contingente de cultura.

Otro detalle que dice mucho del buen gusto, es la elección del material de lectura de un hogar, el cual puede por sí solo redundar en fuente de conocimientos buenos ó malos, formado, por ende, de criterios amplios ó mezquinos de estilo, etc. Entra aquí, en primera línea, el elemento al alcance del más humilde: la hoja impresa. Sin embargo de hallarse ésta profusamente repartida en nuestro país, si se considera la escasa población del mismo comparada con la de otras naciones, no puede, por desgracia, sostenerse —salvo pocas y honrosas excepciones— que sea muy á propósito de recomendarse como modelo; y no me refiero al *fondo* de aquella, que sin duda constituye por sí sólo un problema, sino á la *forma* por demás despreocupada de algunos de nuestros titulados órganos de información, en los que no se sabe qué admirar más; si su sintaxis de pobreza verdaderamente franciscana ó el candor de su pintoresca ortografía. En cuanto al *fondo*, ofrece otro argumento de análisis que por cierto cabe tener escrupulosamente en cuenta sin por esto caer en el ridículo puritanismo tan caro á algunos pedantes que pretenden cerrar los ojos á lo que por el contrario conviene ver en esta vida de duras realidades.

Compréndese que la lectura no sólo influye en la *instrucción* aportando conocimientos técnicos de toda especie, sino que es un poderoso contribuyente á la educación en general—concepto que no debe confundirse con el anterior, como suelen hacerlo no pocos—un iniciador en la vida, siendo esto tan así, que más de un grande de la historia se decidió por determinados rumbos á par-

tir de tal ó cual género de lectura que despertara en su ánimo aptitudes dormidas.

Hay otro elemento de obstaculización, acaso desconocido en los países europeos, curioso síntoma de evolución entre nosotros, y que á menudo suscita una especie de distanciamiento entre miembros de una misma familia; me refiero al antagonismo entre gustos, surgidos entre los hijos por asimilación de las cosas de su tierra á las que cobraron afecto y los muy conservadores de algunos padres con frecuencia animados de un inconsciente espíritu patriotero, pedante y retrógrado, que creen vender sus tradiciones al tolerar en su prole la perspectiva de nuevos horizontes. Tan arraigado está este prejuicio que á menudo conduce á contrariar el espíritu liberal de los establecimientos nacionales, cuando no á preferir la estrecha senda de la escuela extranjera, la colonial, escasa de recursos, pródiga en «chauvinismo», en la que el alumno adquiere los primeros rudimentos del saber en idioma, método y espíritu reservados, contrayendo desde luego hábitos de asimilación que más adelante constituirán un motivo de rémora en el caso de trasladarse el niño á un establecimiento oficial.

Mencionaré aun otra causa de superficialidad, acaso la más digna de ser estudiada con detenimiento: la falta de observación penetrante, de esfuerzo mental deductor, de abstracción razonadora, fecunda, de encadenamiento lógico y progresivo, de intuición personal, en una palabra: de gimnasia cerebral; es el gran requisito, el factor por excelencia, que tanto choca al genio indolente de nuestra primitiva sociedad americana, amante de la forma fácil, grata á la percepción, y del que en cambio abusa el hijo del norte. No que el meridional (si así puede llamársele al natural de estas regiones) carezca de aptitudes para la investigación, siendo proverbial la facilidad de adaptación del hombre de esta tierra á cualquier aspecto de la vida; lo que hay es que no se le había atribuido á esta especialidad la importancia que le corresponde, y que hoy, por lo mismo de atribuírsela en exceso, se ha exagerado el celo detallista al extremo de dejarlo todo resuelto desde un principio, presentándose, p. ej., el problema examinado ya de modo tal, que poco mérito, en verdad, resulta para el alumno de su resolución definitiva.

Si es verdad que á la florida imaginación del niño debía de parecerle ingrato un estudio desprovisto de interés, y más que tal, odioso, dados el antiguo sistema de sabor espartano y la algebraica aridez de los textos que, diríase suponíanlo al alumno enterado no de los fundamentos de la materia sino de toda ella, no resulta menos contraproducente la manía opuesta que á la saludable arena de la escuela pretende convertirla en pista de recreo, y á sus textos en claves que ya no dejan misterio por revelar.

Y si pensamos que á pesar de tanta oficiosidad, aun no quedamos librados de la eterna objección de insuficiencia, de desproporción entre el fruto obtenido y el lujo de esfuerzos y de medios desplegados en su consecución, debemos convenir en que junto á la facilidad de acopiar conocimientos se ha aglomerado un

exceso de materias en grave perjuicio de la profundidad de estas últimas.

Una causa más de superficialidad es la falta de hábito de ejercitar la memoria, base primordial de todo lo aprendido. Debe confesarse que en los establecimientos europeos se le atribuye á este arte un alto valor *práctico*, no en el sentido de mnemotecnica *mecánica*, que esa precisamente solía abundar en nuestras antiguas escuelas del Estado, sino en el de ejercitar la *facultad de retener* mediante una gimnasia continua y progresiva.

Tomemos un ejemplo: las matemáticas; en los colegios del país, y aún en las simples escuelas primarias el alumno aprendía cuanto teorema geométrico ó algebraico existe en cambio, al tener que resolver prácticamente un problema de mediana dificultad, tardaba bastante en desempeñarse, eso invariablemente con ayuda de papel y lápiz. Por el contrario, en las simples escuelas populares extranjeras, aún en las relativamente modestas, radicadas en la República, el sistema eminentemente práctico está á la orden del día, y en un grado tal que, sin exagerar, puede decirse, causa admiración, puesto que permite á niños de corta edad resolver rápida y correctamente operaciones complicadas que revelan ejercicio y recursos mentales; es, al fin y al cabo, lo que reclama la vida diaria tanto de escritorio como de comercio, etc.

En los colegios extranjeros, á lo menos en los elementales, se considera inútil el excesivo bagaje técnico que sólo recarga la mente del alumno.

Mucho podría decirse alrededor del tema, pero sería tarea por demás extensa. Trataré en seguida un importante punto de estética que se había descuidado mucho en la educación de ambos sexos, no solo entre nosotros sino en el mundo entero. Me refiero á un elemento moralizador en el más vasto sentido de la palabra, elemento *complejo* por lo rico y variado y que si bien innato en naturalezas privilegiadas, debe tratar de suplirse artificialmente donde hiciera falta, puesto que al material de estudio le convierte en material de deleite facilitando su asimilación de una manera prodigiosa.

No sé si me expresaré con propiedad al dar á este elemento el nombre absoluto de «arte» ó si le vendrá mejor el de «arte de ver, de sentir, de interpretar, etc.», también sobre esto podrían escribirse volúmenes enteros, puesto que no es un concepto uniforme sino diversamente asimilable para cada alumno, y eso con una variedad rayana en lo infinito. Concretaréme á sostener que el desenvolvimiento de la imaginación como agente complementario y armonizador de un dato adquirido, multiplica la intensidad de éste último, del mismo modo que se posee tres veces lo que se oye, se ve y se siente simultáneamente, y sólo una lo que simplemente se oye. Este criterio de entender la enseñanza, puede decirse, constituye un nuevo agente de felicidad colectiva, puesto que salvando los límites del colegio trasciende á la vida privada donde se continúa lo percibido en las aulas, ilustrándola y regulándola deliberadamente.

A esto es á lo que tienden ciertos establecimientos modernos, trasladados á la libre naturaleza, en los que el alumno á un tiempo de escuchar la doctrina, admira y palpa la realidad plástica ó « virtual » de lo que acaba de conocer didácticamente (Waldschulen).

Deben incluirse en este orden de « medios emotivos » el recurso, ya inaugurado entre nosotros, de solicitar y desplegar el caudal del *sentimiento*, el más noble y accesible por una de sus más fáciles vías de conquista: el sentido filarmónico (sentimiento y sensación).

Consideremos la importancia que desde los tiempos más remotos se le ha adjudicado á la música, los innumerables mitos que sobre todo á la literatura griega inspirara, la cual le atribuyó propiedades sobrenaturales, como por ejemplo: la de dominar instintos feroces (Orfeo y las fieras), la de suscitar alma en objetos inanimados (Arión y las piedras), ó bien la de servir como instrumento de persuasión (Ulises y las sirenas), (aparte de lo que al respecto pregonaran pedagogos antiguos y modernos).

Y no sólo por su papel emotivo debe apreciársela, sino como contribuyente, mnemotécnico; recurriendo á un ejemplo vulgar ¿qué persona medianamente sensible, no se ha visto en el caso de ver evocada tal ó cual escena del pasado al simple son de un organillo?

Mencionaré solo de paso (por ser hartó conocida) otra virtud de la música: su poder reproductor del sentimiento por la sola fuerza de modular con fidelidad la vida interna. No me refiero al modernísimo género de coreografía con su pretendido lenguaje eurítmico, el cual, si bien podría ser tal en efecto, suele más bien servir de pretexto á intereses de orden menos elevado, sin contar la afectación mistificadora de responder á cuestiones sancionadas por la ciencia, (Mme. Madeleine y su arte *soi disant* improvisado por sonambulismo).

Baste decir que la música propiamente « lírica » y aún parte de la llamada clásica se prestan admirablemente á traducir estados de ánimo de toda especie. Pertenece á esta última una que llamaré « subclase » particular, profundamente característica y de una originalidad, á tal punto sincera que desde un principio rechaza toda sospecha de amaneramiento, al revés de lo que sucede con la discutida escuela Wagneriana. Veamos un modelo: Chopin; el oído más tosco, el menos educado, distinguirá en él toda la rica gama del sentir humano: la alegría, la tristeza, los arranques de desesperación, los como gritos de protesta, etc. Verdad que esta facilidad de reaccionar, depende más de la organización individual, de la respectiva susceptibilidad nerviosa, que de la selección de autores y de métodos impuestos, no conociéndose á punto fijo el límite entre la sensibilidad normal y el más genial de los desequilibrios.

Entre nosotros se ha inaugurado ya este género de cultura estética bajo forma de audiciones musicales, eso á iniciativa del señor Víctor Mercante quien ha tenido la satisfacción de verificar prácticamente la bondad del sistema por los inmejorables resultados obtenidos.

Empero, si esto contribuye á suavizar los gustos y refinar las costumbres, combatiendo la invasión del materialismo con que una corriente utilitarista y grosera nos viene amenazando, no debe tampoco perderse de vista el escollo contra el cual se estrellaron

muchos preclaros genios del período del romanticismo, especialmente en Francia, Inglaterra y Alemania (Musset, Byron, Kleist, Lenau, etc.), porque si bien el cultivo de la imaginación crea nuevos horizontes, verdaderos oasis « donde refugiarse de las brutalidades de la vida », puede conducir al no menos peligroso extremo de vivir fuera de la misma, al ensueño crónico, á la hiperestesia. Si el histerismo intelectual de aquellos tiempos, suministró clientes mil á las casas de salud, en literatura dió lugar á esos lamentables engendros que falsearon la verdadera esencia del « Parnaso », la del Simbolismo y la del mal llamado Decadentismo.

De modo que en esto, como en todo, habría que saber mantenerse dentro de un exacto término medio, seleccionando entre las respectivas idiosincracias de los alumnos.

Es lo que quizá se obtendría mediante el moderno sistema de « Internados » que aquí mismo, como quien dice, en casa propia, está dando resultados magníficos á pesar de lo reciente de su institución. En estos establecimientos, el niño, libre de pedantes trabas que obstaculizan su confianza en sí mismo, se ve además rodeado de todas las comodidades indispensables á la prosperidad corporal, la cual—dígase lo que se quiera—viene al fin y al cabo á constituir la base del clásico *mens sana, etc.*», en condiciones inmejorables para llegar á un gradual y amplísimo desarrollo físico, intelectual y aún social, á la más completa posesión de sí mismo hasta donde le es dable alcanzarla, y, en fin, á un exacto criterio de la vida.

Es como se espera acercarle al tipo ideal del concepto bíblico « hecho á semejanza de Dios », libre y sano y por ende capaz y bueno, sin riesgo de fomentar por otra parte extravíos de independencia.

El fanatismo escolar que debió animar al autor del famoso « la letra con sangre entra » divisa en boga en los mismos países anglosajones, había convertido la escuela de nuestros mayores, en sitios de honor donde el ánimo deprimido languidecía tanto ó más que el cuerpo soterrado entre paredes insalubres. En estos internados, por el contrario, llegan á fundirse con toda felicidad los preceptos anteriormente vertidos, excluyendo al mismo tiempo el peligro de los extremos: concédesele al alumno libertad de acción, dejando á su buen criterio el mantenerse dentro de un límite prudencial, eso en la especulación de que la confianza depositada en su delicadeza y dignidad, por una parte, y la exclusión de privaciones y violencias, por la otra, serán los mejores celadores del joven que solo así podrá hacerse de un carácter verdaderamente independiente.

En vista de haberse obtenido con este ensayo resultados no previstos, ocurre preguntar por qué no habían de prosperar entre nosotros internados de mujeres á imitación de los que existen en Estados Unidos en los que, aparte de instrucción propiamente dicha se les diera una esmerada educación en asignaturas especiales de su sexo: labores, economía doméstica, urbanidad, arte culinario, puericultura, etc., todo ello adaptado á la índole tradicional de nuestras mujeres, y con rigurosa exclusión de cuanto en los programas americanos pudiera parecer excesivamente liberal.

Sin duda, estando á los comienzos de una gran evolución educacionista no pueden atenderse de una vez tantas innovaciones, pero valga la idea, que es plausible si se tiene en cuenta el papel de la mujer como alma de la familia y que su educación había sido y es (aún en los ramos del hogar) exclusivamente empírica, librada á todos los inconvenientes de la ignorancia, de la superstición y del charlatanismo casero. De este modo, podría producirse un tipo de mujer perfecta que así sabría hacer los honores en una recepción diplomática como presidir una mesa burguesa, ó suplir en caso de necesidad á su propia ama de llaves.

Al mismo tiempo se desterrarían para siempre los bochornosos extremos de incultura crasa, que no alcanzan á ocultar los más suntuosos trajes de la advenediza, y de la alambicada precocidad de nuestras niñas de la llamada aristocracia, que hace pensar en una infancia sin tal infancia; se evitarían los extravíos que se ha dado en designar en globo, con el nombre de «emancipación feminista».

A propósito de esta última, conviene dilucidar el punto de más cerca, aunque sobre el mismo se hayan vertido mares de tinta, así por mano imparcial como por decididamente sectaria. Tratándose de una cuestión aparentemente ligada á la Instrucción Secundaria de la mujer debe abordársela de una vez, á fin de analizar lo que en realidad haya de parentesco, deslindando lo justo de lo infundado.

¿Qué, en efecto, debe entenderse por «emancipación», y en cuánto nos alcanza á las mujeres que verdaderamente merecemos nombre de tales? Etimológicamente el vocablo «emancipación», no encierra intención arbitraria alguna, significando, antes bien, algo muy noble, como todo lo que representa un esfuerzo de sustraerse á un orden de cosas ó muy bajo ó muy injusto. A *priori*, pues, debe descartarse la acepción satírica del concepto popular, como una inspiración de mala fe, de pobreza de espíritu ó de emulación innoble. Si, en seguida, pesamos el concepto en lo que encierra de esfuerzo, veremos que aparece como un hilo de luz á través de todas las historias de la tierra, desde Espartaco á la Bastilla, hablando con el pueblo, y en lo metafísico desde el Gólgota á Giordano Bruno (y no es paradoja); desde Arquímedes á nuestros grandes pensadores y á los modernos mártires de la ciencia, en lo que al progreso material atañe.

La Europa entera ha tiempo que se enorgullece de haber comenzado á hacer de la mujer un poco más que trapo de fogón ó instrumento de placeres; estamos ya algo lejos del Concilio que de todas veras puso en discusión el tema de si á la mujer (á la misma que diera vida á los querellantes) se le debía ó no reconocer un alma.....

Pero no lo estamos todavía lo bastante mientras exista la mujer-bestia que, literalmente uncida al arado junto al bruto, realiza las más pesadas faenas rurales á las órdenes del hombre cómodamente montado en su cabalgadura, mientras haya estados en que es prescripción arrojar del hogar y á la estepa helada toda mujer en cinta condenada á echar su hijo al mundo en peores condiciones que las fieras (Albania).

Por eso dije «comenzado», porque con todas las apariencias de liberalidad y de justicia del «Siglo de las Luces» para con la decantada inferioridad del sexo débil no se tiene reparo en recargar esta misma debilidad con los fardos más penosos de la vida y hasta en explotarla, frecuentemente, para satisfacción del más cobarde é inconsecuente de los egoísmos.

Pero es también el varón, el hombre generoso y bueno quien desechando intereses propios, lleva al campo de la práctica la consigna de redención de media humanidad doliente, luego es un deber de gratitud en la mujer corroborar con su conducta la confianza que de ser equivalente deposita en ella su inteligente compañero, rehuyendo desviaciones y extravagancias, para lo cual, por cierto, basta un poco de buen sentido y el propio instinto de mujer que señala el linde de sus atribuciones.

¡Nada de «bas - bleu», nada de amazonas de lanza en ristre! Si el llamado feminismo ha dado margen á extralimitaciones aisladas, que solo la industria caricaturista, ávida y novelera, pretende generalizar; ¿qué gran causa no ha tenido sus fanáticos?

Es un fenómeno ineludible en todo curso de evolución, y le han observado todas las reformas, incluso la misma Iglesia, la cual entre sus beneméritos registra personajes que así pueden catalogarse en la lista de los santos como en la de dementes déspotas y sin conciencia. Si por una «rara avis» queremos generalizar, también en el bando de los hombres podría estigmatizarse la extravagancia de muchos que no hacen honor, precisamente, al nombre de tales; tristes Sardanápalos que nadie piensa poner en la picota como en cambio sucede con la mujer apenas se propase de un adarme.

En cuanto á la Argentina, no sólo no hay que temer comicidades de su elevación intelectual, sino que gracias á ésta ha dado por resultado (y hablo con datos á la mano) un producto de transformación inesperado por su excelencia, quizá desconocido en ese grado en la misma Europa, tipo encantador y gentil que lejos de conservar sabor enciclopédico, amalgama el tacto propio de la criolla con los nuevos medios á su alcance, de los que como de un crisol, sale todavía más sutil, más deliciosamente mujer de lo que fuera en un principio.

Y no discutirá ya el hombre la conveniencia para él de compañera semejante, apta para comprenderle mejor, para — en caso de necesidad — compartir con él la lucha por la vida, que á la par de la salud corporal de sus hijos, sea capaz de controlar la de sus almas, que no busque distraer sus ocios en despilfarros y lidias de trapos, que en resumidas cuentas, se encuentre mejor habilitada para su misión de madre de familia; porque es aportar al hogar un motivo más de bienestar, un prolongador de la felicidad que suele huir al huir la belleza, único don que hasta hoy podía ofrecer, pues más que ésta última, más que el dinero, vale lo que nunca puede perecer: la individualidad interna.

«Tal ó cual nota curiosa ha sonado entre nosotros», oigo decir, «el acceso á los comicios es incompatible con la psiquis femeni-

na »; debe creerse así, más bien que ello no entre en nuestro campo de discusión, podría objetarse que muchas cosas han parecido extemporáneas y aún grotescas, por aisladas, que después han merecido la aprobación universal por su utilidad; por ej. en interés de la fuerza *numérica* de una que llamaré «aristocracia», sufragista en minoría (aristocracia por su fuerza de intenciones políticas) acaso no tarde en constituir el voto de la mujer, el «desideratum» de todas las naciones, siéndolo ya en más de una. Si, por otra parte, se estudia el objeto primordial de estas cuasi heroínas, quizá se alcance á ver que persiguen menos el absurdo de un militarismo, imposible por su mismo sexo que el sueño dorado de tener un representante de su sexo, entre aquellas que desde los tiempos más remotos vienen fabricando y aun sostienen en la actualidad leyes antdiluvianas en las que parece tenerse unánimemente en cuenta la histórica pequeñez del cerebro femenino.

Por ventura, ¿puede negarse la barbarie de algunos códigos europeos? y, entre nosotros mismos, en que la carta fundamental garantiza á la mujer libertad amplia y derechos á la vida ¿cuántas mujeres habrá, libres ni de salir solas á la calle, sin escandalizar, ni con un céntimo en la mano para en la práctica ejercer tan famosos derechos? No critiquemos, pues, con demasiada severidad el íntimo móvil de alguna «ciudadana» como se la había apellidado en los tiempos de Carlota Corday y de los «Derechos del hombre», encantándonos de su probable reflexión, de que bastaría en rigor, ese otro código, no escrito pero aún más inflexible, que se llama convencionalismo social y que ya en la cuna la circunda de cadenas á cual más torpe é irrisoria. Es perdonable que á algunos temperamentos fuertemente equitativos les parezca cruel verse iniciados en el apocalipsis del saber, sólo para mejor sentir el absurdo de su sacrificio, abrir los ojos á la misma profética ironía que á Moisés reveló la tierra prometida sólo para más intensamente darle á saborear la nostalgia de aquella y el dolor de jamás llegar á poseerla.

Así, tal vez, debió explicarse la intromisión del hombre de color en los asuntos del blanco; ¿quién, en nuestros días, no aplaude la enormidad de entonces, quién se atrevería á sostener la irresponsabilidad del negro, inteligente como el que más, alegando para ello el accidente trivial del matiz de su epidermis?

En resumidas cuentas: no abogemos por el susodicho «feminismo» que no incumbe á nuestra tarea; trabajemos, sí, las unas por educarnos, las otras para aligerar el peso de la lucha diaria, las demás, finalmente, por hacer más aceptable el desierto de su existencia. Ya pasaron los tiempos en que una vasta ilustración en la mujer era síntoma de indigencia que la hacía ruborizarse ante la dama que la tenía á sueldo por no saber á su vez firmar, en que era fuerza ocultarla pudorosamente bajo los pliegues de una imbecilidad de oficio. Trabajemos, sí, sin considerarnos humilladas por el escarnio de los que entorpecen la acción de la mujer, sin, empero, ofrecer á ésta el pan de cada día de que también siente hambre la que meramente vegeta.

¿En nombre de qué ley, divina ó humana se justificará jamás la privación de luz moral á media humanidad consciente?

¿Acaso, chocaron allá en sus tiempos, mujeres como la Sevigné, como Mme. Roland y tantas otras seductoras por su exquisita feminidad, por su saber y por su roce mundano?

Lo del «pequeño cerebro» pudo haber parecido fundado *illo tempore*, ante el examen de una obra femenina, surgida de un suelo virgen de toda preparación, cercado de cien vallas erigidas por la mezquindad del que se titulaba su primer protector y su más autorizado amigo. Ningún bien intencionado puede desear mantenernos languideciendo en una ignorancia estéril á todas luces, recurso anticuado de todo fervor fanático, de todo despotismo y de que da fé el atraso secular de ciertas naciones que pudieran dominar el mundo, dada la extensión de sus límites geográficos, á no estorbárselo el inaudito régimen impuesto á millones y millones de habitantes. Aquí mismo la divulgación de la palabra escrita ha hecho más por la emancipación nacional que cuatro siglos de estacionario coloniage. Reaccionemos pues, contra la definición genérica de «*femme belle et stupide*» que la mujer de antaño mereciera á uno de sus más fervientes adoradores, Baudelaire, definición que tanto caracteriza el concepto ferozmente egoísta de buena parte del gremio masculino que hasta en el momento de incensar á su ídolo, le humilla con el anatema del desprecio.

Y algo más: á medida que vayamos recogiendo el fruto de nuestra labor, no perdamos de vista á los que con su constante empeño nos allanaron las dificultades del camino, exterioricemos el profundo reconocimiento que hacia ellos nos anima, en la *calidad* de ese fruto, seguras de que será el mejor medio de hacerles gustar la gloria del triunfo.

Más que el aplauso venal de la turba que no piensa, más que monumentos mil que la vanidad erige á las mediocridades, valdrá para estos Prometeos de la ciencia, la apoteosis del Porvenir, que es el que solo escribe la Historia, más el testimonio que con signos de gratitud graba el Presente en el fondo de nuestros corazones.

SOFÍA DIECKMANN DE TEMPERLEY.

La Plata, Febrero de 1912.